

Regresa al mágico mundo de Erodhar y sumérgete en una nueva aventura épica.

FUEGO ETERNO



COSMIN F. STIRCESCU

FUEGO ETERNO

COSMÌN F. STÎRCESCU



EDICIONES  ARCANAS

PRELUDIO

Oyó la corriente mucho antes de verla, un murmullo lejano entre los árboles que devolvió un poco de vigor a las piernas maltrechas de Rough. El orco incrementó el ritmo de las zancadas con la esperanza de hallar la salvación al alcanzar la orilla del Alto Vekar. Su perseguidor le venía pisando los talones y se acercaba a un ritmo inquietante.

El murmullo del agua se volvió gruñido y luego un rugido intenso al salir por fin del bosque, sucio de sudor y polvo. El corazón le martilleaba contra el pecho mientras miraba los árboles de la ribera de enfrente. El alivio que había sentido se empezó a transformar en terror al considerar la increíble anchura del río. La libertad estaba tan cerca y a la vez tan lejos...

Echó un vistazo desesperado a su alrededor con la esperanza de encontrar algo que le sirviera de balsa. Tan solo había piedras de diversos tamaños y algunas ramas caídas. Ninguna lo bastante grande y fuerte para resistir la furia del torrente.

Sopesó por un instante probar su suerte e intentar cruzar a nado. Enseguida descartó esa idea. La espuma blanca, visible en la superficie negra del agua, señalaba las corrientes rápidas, los violentos remolinos y las rocas ocultas, letales como puñaladas de asesino. Si además tenía en cuenta el peso de los grilletes que ataban sus muñecas, las posibilidades de llegar vivo a la otra orilla eran mínimas.

El orco soltó un reniego y pateó el suelo de rabia, cuando un crujido lejano de ramas llamó su atención. Miró en dirección al bosque y distinguió una sombra que se movía con rapidez entre los árboles. El nudo que obstruía su garganta se acrecentó.

Sin dudarlo, echó a correr torrente arriba, donde la ribera se volvía menos escarpada y la maleza se alzaba alta y densa. Llegó a tiempo para esconderse entre los hierbajos, en un lugar disimulado además por la pendiente. El bosque escupió a su perseguidor al poco rato. Apareció con un estallido de ramas y el rostro cargado de cólera, impulsado a gran velocidad por sus robustas piernas. Le vio frenar en seco —en el mismo sitio donde había estado él momentos atrás— y empezar a barrer el río con la mirada.

Rough se atrevió a alzar un poco la cabeza para fijarse por primera vez en la cara del orco que llevaba días siguiendo su rastro sin apenas descanso, acechándolo como un lobo hambriento. Su corazón dio un vuelco cuando lo reconoció.

—Barghor... —se le escapó un susurro de entre los labios.

El campeón del clan Filo Sangriento giraba la cabeza de un lado a otro mientras oteaba el horizonte y gruñía. Era un guerrero curtido en innumerables combates en el foso. Se hallaba en la flor de la vida, razón por la que lucía un físico imponente. Su cota de malla y cuero tachonado dejaba al descubierto sus musculosos brazos, no así sus hombros, cubiertos por voluminosas hombreras de acero. La derecha mostraba el grabado de una calavera orca de plata bruñida, y la izquierda, un poco más pequeña, estaba decorada con incrustaciones de hueso. Llevaba, junto a una bolsa de víveres de la que sobresalía el mango de una antorcha, dos grandes y pesadas hachas con estriaciones en la hoja, que formaban círculos dentro de otros círculos, orlas, símbolos y runas del antiguo idioma de los krash´mar. Rough se estremeció ante la visión de las monstruosas armas gemelas. Colgaban cruzadas sobre la ancha espalda de Barghor, tras una cascada de largo e hirsuto pelo oscuro.

El guerrero giró la mirada de manera brusca hacia el lugar donde se ocultaba y tuvo que volver a agachar la cabeza con prontitud. Por un instante creyó que le había visto, pero enseguida comprendió que, en ese caso, ya le tendría encima. Eso le tranquilizó un poco.

Observó entre la maleza cómo olisqueaba el aire, cuan perro de presa curtido en mil persecuciones. Los rasgos de su rostro adquirían diferentes matices y sus ojos denotaban una rabia propia de alguien como él. Helaba la sangre en las venas.

De repente dio media vuelta y empezó a caminar con lentitud por la orilla, en dirección contraria a la que estaba el prófugo. Rough suspiró aliviado y, sintiéndose algo más seguro, sentó sus posaderas sobre la tierra húmeda para recobrar un poco el aliento antes de retomar la huida.

Aún estaba conmocionado por haber descubierto la identidad del rastreador. Sabía, cuando escapó de su prisión y huyó de Artah, que el rey Torkan no le permitiría marcharse sin más y enviaría a algún lacayo para darle caza. Pero jamás sospechó que encargaría esa tarea al mejor de sus campeones, su propio hermano y líder de los Duruk´Jar, la guardia real constituida solo por guerreros de élite incorruptibles que no conocían el miedo o la debilidad.

Afligido, se echó un vistazo y sintió lástima. Solo era un orco enclenque nada diestro en las artes de combate. Su aspecto desaliñado, la barba larga descuidada y los harapos mugrientos hechos jirones, su vestimenta, le hacían parecer un simple mendigo. ¿Qué oportunidad tenía contra alguien como Barghor? Ni siquiera podía emplear su única arma: la magia elemental. La cadena de sus grilletes, llena de runas grabadas a fuego y sangre, pesaba demasiado. Mucho más que una de acero normal. Aquellos símbolos imbuidos de hechizos antiguos eran lo único que le impedía emplear sus poderes chamánicos.

«Sin este... pequeño inconveniente todo sería muy diferente», se lamentó en silencio. Pero allí estaba y, a menos que lograra despistar a su perseguidor, jamás estaría a salvo ni se libraría de su problema.

Volvió a incorporarse con cautela. Debía comprobar si aquel bruto de piel marrón oscuro que le buscaba para matarle se había alejado lo bastante para

huir en dirección contraria. La precaución dio paso a la sorpresa al descubrir que había desaparecido.

Se atrevió a erguirse un poco más, esperanzado con hallar su silueta en algún lugar lejano de la orilla. No estaba por ninguna parte.

«Quizás ha decidido marcharse», pensó. Casi al instante comprendió que alguien como Barghor jamás se rendiría tan fácilmente, y se sobresaltó al escuchar ruidos de pasos a su espalda.

Giró tan rápido como pudo. Los juncos se inclinaban ante el avance de la silueta que volaba hacia él como si la impulsara el viento. Apenas tuvo tiempo de ensanchar los ojos cuando un enorme puño enguantado apareció delante de su cara y descargó un golpe veloz.

Por un momento todo se oscureció y Rough cayó de bruces contra la tierra, mientras luces de colores se arremolinaban en su cabeza y el dolor se extendía por toda su cara.

—Te tengo, rata —escuchó una voz grave y lejana.

Sintió que una mano se cerraba con fuerza alrededor de su cuello y lo levantaba como si fuera una pluma. Aturdido, apenas captó un brillo tenue antes de notar el filo del hacha contra su pecho.

—¿De verdad creías que escaparías sin más? Podría captar tu olor a leguas de distancia. ¡Apesta a miedo, traidor!

Miró a los ojos de su captor y observó en su interior el brillo de las llamas. Bailaban al tiempo que coreaban su nombre. Lo llamaban. El Fuego Eterno aguardaba.

—¿Vas...? ¿Vas a matarme? —fue todo lo que acertó a preguntar con voz temblorosa, asustado a más no poder.

No quería morir, no estaba preparado para ello. Tenía muchas cosas por hacer aún, así lo habían profetizado los espíritus elementales.

Barghor ensanchó una sonrisa maliciosa al percibir el pavor que estaba causando en él. Dejó que hiciera mella durante un instante. Solo entonces apartó el filo del hacha, sacó una cadena de acero de la bolsa y la enganchó con ayuda de un perno a la que unía los grilletes de Rough.

—Tú te vienes conmigo, traidor. Vas a pagar por todos tus crímenes.

A LA VENTA EL 1 DE MARZO

Sígueme en

LAFORJADELEYENDAS.BLOGSPOT.COM